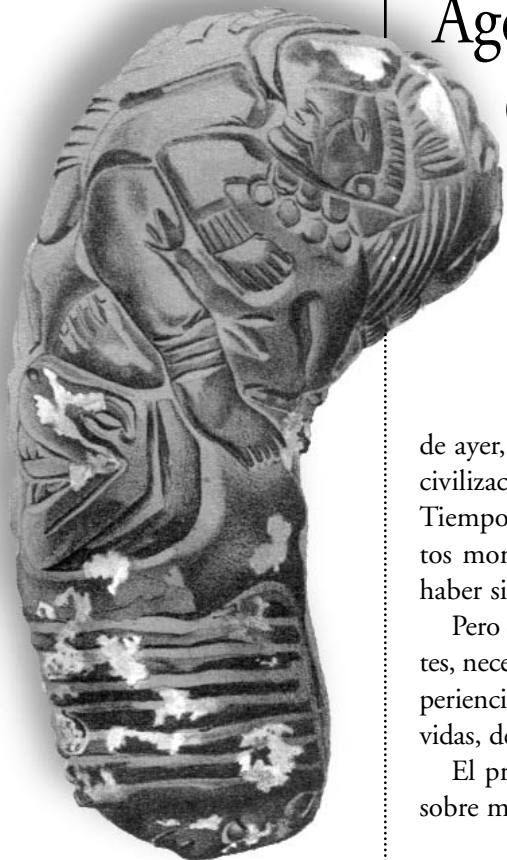


Sergio Raúl
Arroyo García*

H I S T O R I A



Agenda de la memoria: cien años de publicaciones científicas. *Anales del Museo Nacional, 1877-1977***

En su inquietante frase: “El tiempo de hoy data a la vez de ayer, de anteayer, de antaño”, Fernand Braudel resume el concepto de civilización, bien común repartido entre todas las culturas del mundo. Tiempo y civilización, dos palabras que cifran el rencuentro de los distintos momentos del pasado con la diversidad del presente. Conciencia de haber sido lo que se es.

Pero esa fórmula también es indicio de que las historias, remotas y recientes, necesitan obligadamente de la memoria —suma de conocimientos y experiencias— para ayudarnos a desentrañar los secretos de nuestras propias vidas, de nuestras tradiciones, del perfil vivo de nuestra civilización.

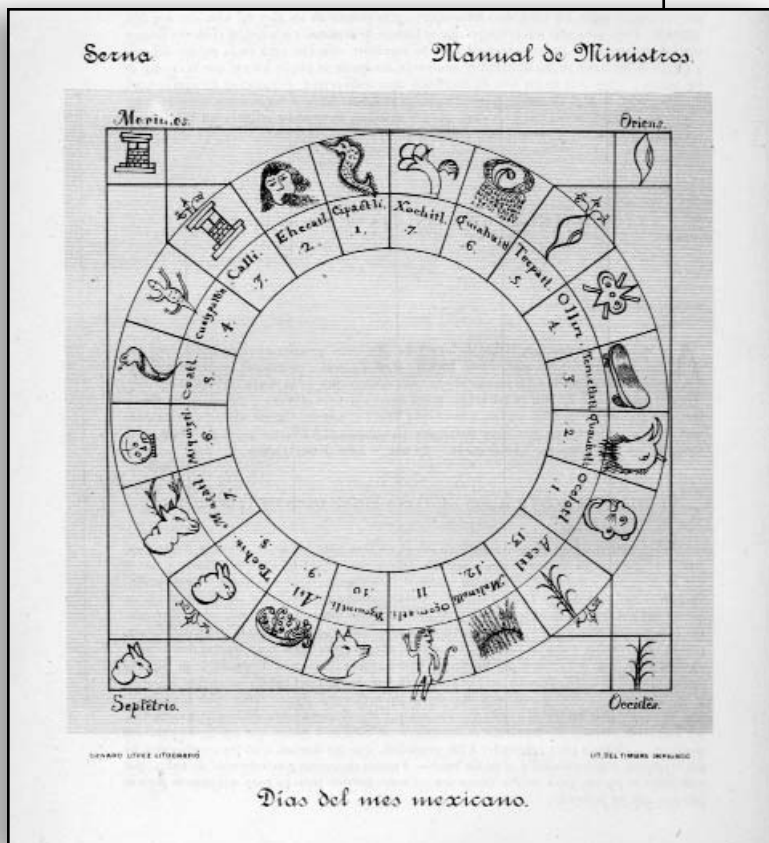
El propio Braudel cita una honda reflexión del gran poeta T. S. Eliot sobre memoria y tradición:

Si la única forma de tradición, la única transmisión posible, consistiera en seguir los procedimientos de la generación que ha sido nuestra inmediata predecesora, debiera ser, sin duda, desaconsejada. Pero tradición significa mucho más que esto. No se obtiene por herencia, y hace falta mucho esfuerzo para conseguirla. Supone en primer lugar, el sentido histórico, y (éste) implica la percepción no sólo del carácter pasado del pasado, sino de su carácter presente .

Si historia y tradición son, en esencia, continuidad de la memoria y del sentido histórico, es imperativo que las instituciones que la investigan y preservan sean también sinónimo de continuidad como sustento ineludible del conocimiento nuevo. De la experiencia brota la eficacia de sus discursos, de sus propuestas, de su aceptable interpretación del entorno civilizatorio. Las instituciones maduras pueden verse a sí mismas con

*Director General del INAH.

** Ponencia leída en la presentación del DVD y DC-ROM *Anales del Museo Nacional de México*. Colección completa 1877-1977, México, INAH / Fundación MAPFRE-TAVERA, 2002. Museo Nacional de Antropología, Auditorio Jaime Torres Bodet, 11 de diciembre de 2002.



e interpretaciones, demuestran, contra lo que pudiera pensarse, que continuidad no es sinónimo de continuismo, sino su antónimo.

Pensar a la nación

Una fecunda continuidad ha sido, justamente, el elemento crucial de la historia mexicana. Durante la conquista, los procesos de articulación central y regional del mundo indígena fueron remplazados por los de la monarquía española, perdiéndose así el núcleo ordenador de la memoria colectiva desde los centros de poder y prestigio como Tenochtitlan, los reinos mixteco y purépecha. Ellos, a su vez, eran ya entonces herederos de las ciudades abandonadas de Monte Albán, Teotihuacan y las del universo maya. Es por ello que la rearticulación histórica de los distintos pasados en países como México ha resultado axial para imaginar múltiples realidades interconectadas, no extintas del todo pese a la muerte de las civilizaciones que las generaron.

perspectiva histórica y aquilatar su peso específico dentro del país al que pertenecen, y en las historias particulares de las disciplinas que estudian.

Éste es el caso del Instituto Nacional de Antropología e Historia, institución que vive su madurez a plenitud. El INAH no sólo es un momento de la historia de la arqueología, la antropología, la geología, la paleontología y la etnografía, entre otras disciplinas, sino parte de la historia misma de la nación y de la construcción de nuestra identidad. Ninguna otra institución mexicana ha tenido un papel tan decisivo en las tareas fundacionales de la conciencia nacional.

La presentación del CD y el DVD de los *Anales del Museo Nacional de México. Colección 1877-1977*, es una invitación a observar el horizonte de continuidad de nuestro trabajo institucional.

El trabajo de compilación que hoy se ofrece es la semilla de un amplio proceso de digitalización de acervos, diseñado para dialogar con nuestro pasado manejando las herramientas del futuro. Su contenido, centenares de textos producto de la investigación y la reflexión paciente de igual número de especialistas. El replanteamiento de viejos tópicos y de novedosos problemas

Según la filósofa judeoalemana Hannah Arendt, una *pérdida* sólo puede ser reparada cuando contamos su historia. Por ende, la abrupta privación de ese núcleo ordenador de nuestra memoria ancestral debido a un desgarrador evento externo sólo se pudo resolver a partir del Virreinato mediante un lento proceso de acumulación histórica. Y ello sucedió tempranamente.

Desde el siglo XVI, contamos con una impactante lista de precursores de la historia, como fray Bernardino de Sahagún, quien durante décadas estudió el mundo náhuatl; o como Carlos de Sigüenza y Góngora, visionario que en el siglo XVII concibió lo mexicano como nueva categoría cultural y captó la imperiosa necesidad de estudiar la historia prehispánica como pasado singular de este confín americano del imperio español.

Al romperse la tutela ibérica, se reafirmó la idea de contar con una historia nacional propia. Altamente significativo fue que el 18 de marzo de 1825, Lucas Alamán consiguiera de manos del recién investido presidente Guadalupe Victoria un acuerdo, dirigido al rector de la Universidad, en el que oficializaba la



Guechyotetl, de serpenfina

creación del Museo Nacional Mexicano, convirtiéndolo así en la primera institución del México independiente. Una generación más tarde, en 1867, la juarista Ley Orgánica de Instrucción Pública buscaría vincular al proceso educativo el estudio de los valores culturales que colmaban de signos a los objetos y reliquias del Museo.

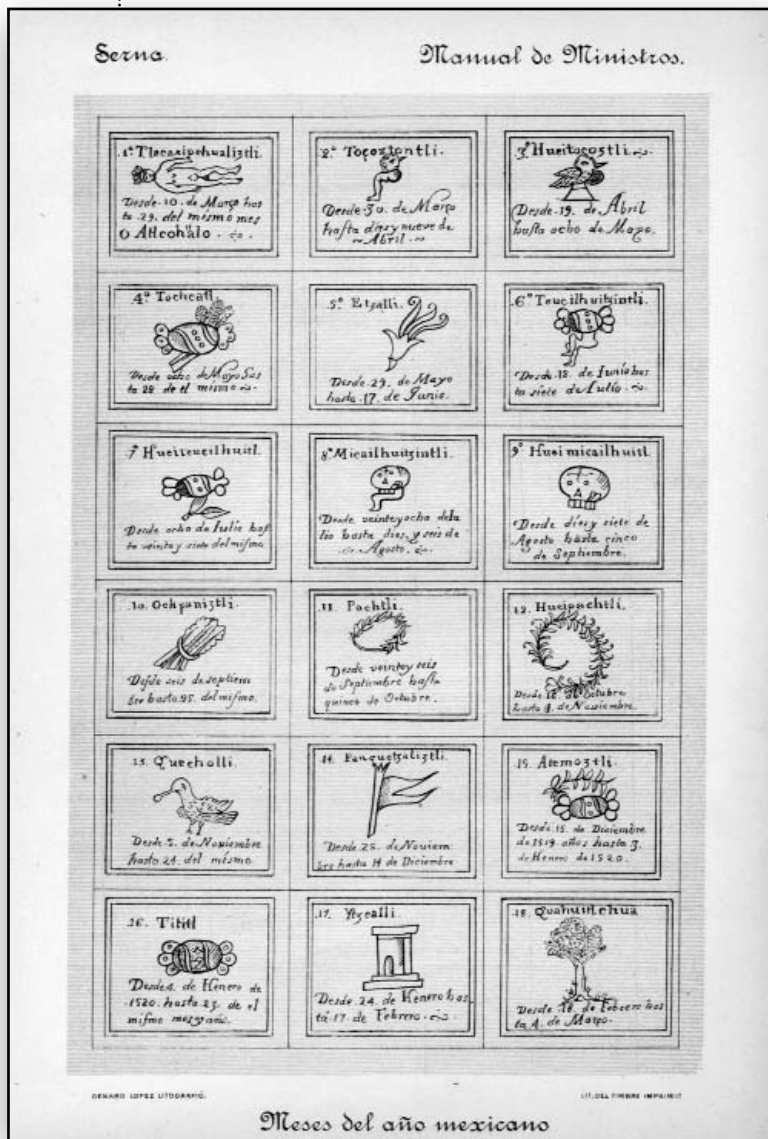
Fue durante el Porfiriato cuando, con ánimo positivista, Justo Sierra reunió los proyectos educativos y ensayó la primera política cultural nacional, de la cual formó parte sustantiva el Museo Nacional de Arqueología e Historia, antecedente directo del INAH.

Paralelamente a los objetivos académicos y didácticos del Museo, se buscó difundir con seriedad los trabajos de paleontólogos, biólogos, arqueólogos, bibliógrafos e historiadores. Se fundaron entonces, en 1877, los *Anales del Museo*, publicación científica que cumplió las preocupaciones, fatigas y explicaciones en torno al pasado mexicano.

Con coherencia intelectual, sus herederos, los constructores del INAH, continuaron esa labor institucional y la dotaron de los ritmos y discursos que la sociedad del siglo XX exigía. En este sentido, el instrumento de consulta que ahora se presenta mantiene la filiación que, de manera natural, se estableció desde 1877 hasta 1977, y que nuestra generación sigue alimentando. Estos CD y DVD congregan a antiguos y viejos maestros.

La nómina es tan afamada como extensa. Incluye desde los pioneros de las ciencias sociales hasta nuestros actuales eméritos y colegas. Ensayos interpretativos, noticias de descubrimientos arqueológicos, debates de antropología, vocabularios de lenguas indígenas, lectura de códices, inventarios de colecciones de museos, documentación legal y declaratorias de patrimonio histórico y arqueológico de objetos, piezas y ciudades prehispánicas, entre muchos otros textos, desfilan en este soporte digital como *memoria del mundo*, “lo que se sabe de cada cosa, de cada sociedad, de cada historia”, para robarle la frase a Italo Calvino.

Permítaseme hablar ahora de otra articulación, igualmente esencial en el espíritu de nuestra institución. Me refiero al acervo bibliográfico y documental que custodiamos y conservamos con el mismo ánimo con que se fundó hace casi 177 años el primigenio Museo Nacional. En este sentido, la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, fundada en 1825 y refundada en 1888, ha sido la depositaria de los papeles de naturalización de nuestro ser histórico. Es un ejercicio de moderna difusión de sus colecciones, la Biblioteca ha emprendido la vasta tarea de procesar y socializar sus acervos; de hacerlos extensivos mediante el generoso



soporte digital; de relacionarlos con el mundo circundante, con nuestra civilización actual.

No podría ser de otro modo. El trabajo del INAH, desplegado a través de múltiples vías, carecería de sentido si no hallara la mirada del Otro al final de todos los caminos.

Memoria de cara al futuro

Para contribuir a la tarea, estos *CD* y *DVD*, primeros dentro de una serie de instrumentos de consulta de nuestra riqueza pictográfica, manuscrita e impresa, compendian el trabajo de las áreas sustantivas del INAH. Esta digitalización forma parte de un programa integral de reconstitución de fuentes históricas y catalogación de acervos de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, la cual alberga tesoros como la espléndida colección de Sermones y Panegíricos del siglo XVII al XIX, cuyo catálogo se concluirá en los primeros meses del 2003; o los originales de la Ordenanza y la Instrucción para que fray Martín Valencia evangelizara el Nuevo Mundo, lo mismo que los fondos cristeros y sinarquistas, —cuyos catálogos están prácticamente concluidos—, y el correspondiente al movimiento del 68 en el occidente del país.



Máscara de Tlaloc, de diorita

Tan complejo proyecto ya ha cristalizado en la digitalización de 90 de nuestros 97 códices; en la conclusión de la versión digital de la Carpeta de Méritos y Servicios de Conquistadores — que estará lista el próximo año, y constituirá la esperada segunda parte de los Papeles de la Nueva España, de Francisco del Paso y Troncoso— y en la catalogación y puesta en servicio de la He-

meroteca Histórica, que cuenta con

920 diarios distintos. Actualmente elaboramos el nuevo catálogo de documentos pictográficos,

y ya está en la red una página electrónica de la BNAH y de otras seis bibliotecas de investigación, entre ellas la de la ENAH.

Dar realce al patrimonio documental, bibliográfico y hemerográfico del INAH; ésa es la función de la BNAH, que resguarda cerca de 2.5 millones de volúmenes. Este acervo, el principal en términos patrimoniales, es un destilado bibliográfico y documental de nuestra nación.

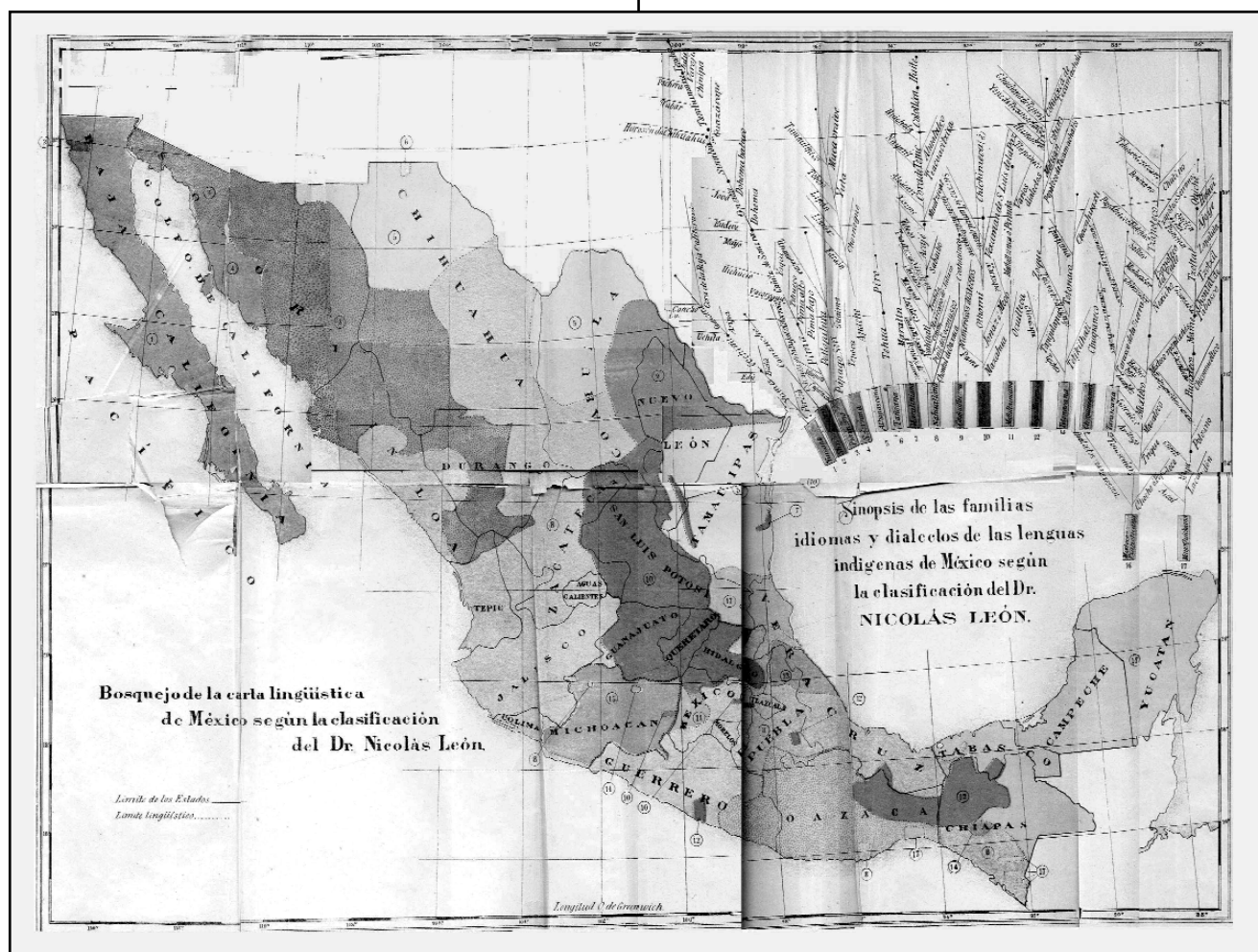
La digitalización es una de las nuevas vías para leer y construir el patrimonio, para multiplicar al infinito esta construcción y enriquecer la tan deseada sociedad del conocimiento cuyo eje fundamental es la educación. Es innegable que la Gran Red se ha erigido en sistema nervioso de la nueva sociedad global, pese a que ciertos cuestionables fenómenos ocasionen que la masificación mediática sea interpretada ocasionalmente como una revolución ilusoria, incluso antidemocrática.

Pese a ello, es probable que la aparente disyuntiva actual entre mundialización y búsquedas identitarias sea un falso dilema. Las evidencias de que el conocimiento de calidad puede ayudar a un determinado grupo social a pensar unido y actuar unido son cada vez más numerosas.

Inmersa en este proceso globalizador, aparentemente inevitable, la humanidad enfrenta diversas tensiones: entre lo global y lo local, entre lo universal y lo singular, entre la tradición y la modernidad. Frente a este descomunal desafío cultural, social, económico y



Calendario de Oaxaca



tecnológico, cabe preguntarse cuál deberá ser el papel de las instituciones e iniciativas culturales nacionales.

Es evidente que la conciencia global no conlleva únicamente elementos positivos, y que el debilitamiento de identidades culturales, y la consecuente uniformidad de contenidos de la información en todo el mundo, son amenazas consistentes. La globalización ha provocado cierta desocialización de la cultura de masas, y hoy vivimos más “juntos” que nunca; ello nos exige habilidad para enseñar la historia.

Es posible construir espacios para combinar instrumentalidad e identidad, lo técnico y lo simbólico, para luchar contra el desgarramiento cultural y hacer del individuo aislado un sujeto histórico. Para ello es menester formular una especie de “agenda de la memoria” contra el tiempo sin temporalidad, fantasmagórico, para poder así reconstruir narrativas particulares y desarticlar macronarrativas totalizadoras.

Volviendo a Braudel, no olvidemos que la diferencia

entre pasado y presente radica en que el presente consciente es una comprensión del pasado, de una manera y hasta un grado en que la propia conciencia que el pasado tiene de sí mismo no puede ofrecer. Recuperar el pasado es la primera garantía para que el presente cobre sentido; rememorando testimonios y relatos pretéritos transformaremos esas narrativas en historia y estaremos en vías de hallar una conexión entre el pasado y los acontecimientos que se precipitan en la actualidad inmediata.

Estos *CD* y *DVD*, producto de una fructífera colaboración entre la Fundación MAPFRE-TAVERA de España y el INAH, son, en suma, la posibilidad inmediata de poseer el compendio de más de una centuria de esencia histórica mexicana. Con esta inmensa biblioteca en nuestras manos, dejemos que, como hizo Jorge Luis Borges en su poema *Un lector*, otros se jacten de los libros que escriban, para enorgullecernos nosotros de aquellos que leamos.